En otra piel, de Enrique Páez, Editorial Malas Artes, 2022

Capítulo 1

Un miércoles 13 de marzo dejé de ser Samuel y me convertí en Sirio, mi perro, mi propio perro. No fue un sueño, ni una pesadilla. Sucedió así, sin más. Acababa de cumplir quince años cuatro días antes, y me desperté tumbado dentro de la caseta del jardín, convertido en perro. En Sirio.

No estoy diciendo que tuviera el día perezoso, ni que me sintiera como un animal. No. Digo que yo era Sirio, un perro mastín labrador, mi perro, caminaba a cuatro patas, movía el rabo, ladraba, y tenía un olfato brutal. No tengo ni idea de si fue magia, un virus mutante, la contaminación, un mal de ojo, los extraterrestres, un viaje astral, *delirium tremens,* un experimento científico terrorífico, una lesión cerebral que me hacía ver visiones y creer que yo era un perro, y no Samuel. No tengo ni idea, y llegó un momento en que dejó de preocuparme el origen del cambio, porque lo importante, pensaba yo, no era saber el porqué, ni el cómo, sino el cómo salir de aquella pesadilla en la que de pronto se convirtió mi vida.

Al principio no supe qué hacer. No estaba acostumbrado. ¿Quién lo está? Y me puse a analizar la situación, intentar comprender qué me pasaba, qué podía hacer. Si yo ya no era Samuel, tal y como había sido hasta la noche anterior durante los últimos quince años y cuatro días de mi vida, y de pronto era Sirio, mi propio perro, lo más probable es que todo aquello no fuera más que un mal sueño. Una pesadilla. Una alucinación. Yo no había tomado ninguna droga como para tener los sentidos trastornados, pero a lo mejor, o a lo peor, sí que la había tomado sin saberlo, sin darme cuenta, porque alguien me la había dado mezclada con algún alimento o bebida, o inyectado a traición, o me la hizo respirar. Yo qué sé. Cerré los ojos y traté de dormir de nuevo, esperando despertar con la forma de Samuel, en el cuerpo de Samuel, al que estaba más acostumbrado y prefería con mucho. Pero no fue posible. Cada vez que abría un ojo, allí estaba mi hocico con trufa negra de Sirio al final de mi morro. Y estaban mis patas peludas, y mi cola moviéndose de un lado a otro, y mi olfato poderoso, y mi caseta de perro protegiéndome. No hubo manera.

Al principio busqué a Sirio, porque no tenía nada claro que yo fuera un perro, y mucho menos el mismísimo Sirio. Intenté llamarlo, pero de mi garganta solo salieron unos ladridos espantosos que casi me matan del susto. ¡Vaya potencia de voz! Lo de los ladridos me extrañó y no me extrañó, las dos cosas al mismo tiempo, porque, a fin de cuentas, si tenía morro de perro, patas de perro, cola de perro, olfato de perro, y estaba durmiendo en la caseta de Sirio, ¿qué iba a tener de raro que yo ladrara? Lo raro era todo lo demás, no esa simpleza. Al menos, eso sí, estaba en mi casa. No dentro de casa, quiero decir, sino afuera, en el jardín, pero en casa a fin de cuentas. Triste consuelo.

Me tumbé sobre la hierba y cerré los ojos. Se me escapó un gemido, una especie de lloro, que al mismo tiempo recordé haber escuchado a Sirio soltar alguna que otra vez, y que siempre me había hecho mucha gracia. Me acuerdo de que en las navidades pasadas, sin venir a cuento, se puso a gemir un buen rato sin ladrar del todo.

—Mira, parece casi como si llorara —le dije a mi hermana Silvia.

—Pues claro que llora, idiota. Los perros lloran, aunque no suelten lágrimas —respondió ella en plan desagradable, como siempre.

—Claro, claro. Y también resuelven ecuaciones de segundo grado, listilla —le dije yo para picarla.

Silvia me miró con rabia, como si quisiera matarme. No le gusta que le lleve la contraria.

—Pero ¿cómo puedo tener un hermano tan subnormal, por dios? —dijo mientras se iba a su cuarto con la barbilla levantada.

Eso había pasado tres meses antes, y yo no me habría acordado más si no fuera porque, sin tener la menor idea de qué había sucedido, allí estaba yo, convertido en perro, y gimoteando, como Sirio. Lo de las ecuaciones de segundo grado no lo intenté. ¿Para qué?

Al cabo de una cantidad de tiempo difícil de precisar, pero que a mí me pareció una eternidad, aunque tal vez no fueran más de una o dos horas, vi a Samuel, a mí mismo, salir por la puerta. Eso sí que fue chocante. Ese no podía ser Samuel, porque Samuel era yo, pero aquel tío era mi fotocopia, llevaba mi ropa y mi macuto, tenía la misma pinta que yo, y olía, lo juro, olía como yo. Como Samuel Briones.

—Hola, Sirio, bobote, ¿cómo estás? —me dijo desde lejos.

Yo me acerqué al trote, moviendo la cola y ladrando de alegría. Por fin íbamos a aclarar las cosas. Él tenía que tener la respuesta al extraño suceso de mi transformación en perro. Él sabría qué hacer.

Y una mierda.

Aquel desgraciado que se hacía pasar por mí, y que cualquiera confundiría conmigo, me acercó una galleta hasta el hocico. Olía muy bien. Era una *Príncipe* de chocolate. Mi galleta preferida.

Se me abrió todo el apetito de golpe.

Levanté el hocico y abrí la boca para comerme esa delicia, pero Samuel, el falso Samuel, la retiró antes de tiempo delante de mis narices y se la comió de un bocado mientras se reía de la gracia.

—Sirio, cada día eres más tonto —dijo dándome una pequeña patada en el trasero.

Me acordé de que eso era, casi con los mismos gestos y palabras, lo que le hacía yo a Sirio cada mañana antes de salir hacia el Instituto. Y todas las mañanas Sirio caía en la misma trampa, y se quedaba con ojos bobos masticando el aire. Como yo ahora. Me acababa de gastar a mí mismo una broma estúpida, de esas que solo le puede hacer gracia a un tarado. Y a pesar de ello, fui incapaz de sentir rencor. En lo que respecta a mi nueva conducta, dentro de mi nuevo cuerpo, notaba que Sirio, mi perro, tenía más fuerza que yo, que era él quien tenía el control y no me dejaba comportarme como Samuel. Así que agaché el hocico y toqué con mi pata derecha delantera la punta de su zapato, para llamar su atención.

De todos modos no se me había olvidado mi objetivo principal: resolver el malentendido. Pero, ¿cómo decirle a Samuel, al falso Samuel, que él no podía ser él, y que yo no era yo, sin él? Lo intenté. Me senté frente a él, muy serio. Me aclaré la garganta, y ladré con mucha claridad. Pero no me entendió. Yo creo que ni siquiera lo intentó. Me miró frunciendo las cejas y me soltó una pedorreta antes de darse la vuelta y marcharse.

Me quedé mirando cómo se alejaba hasta que lo perdí de vista. Volví a ladrar dos o tres veces, sin saber por qué ni a qué. Luego me tumbé sobre la esterilla de la entrada principal a esperar a que saliera alguien más de la casa, y resolviera el asunto de una vez

por todas. Lo que tenía claro es que con Samuel, con ese Samuel que se parecía a mí pero que no era yo, no había nada que hacer. Menudo bicho.

Al rato, no mucho rato, salió Fabián, mi hermano pequeño, arrastrando su mochila de cocodrilos, perseguido por mamá, que le intentaba peinar los rizos que le caían por la cara. Yo ya estaba en posición de saludo reglamentario, y me lancé hacia ellos dispuesto a ponerles las patas encima, pero me llevé una bronca:

—¡No, Sirio! ¡Que no! ¡No saltes! ¡Túmbate ahí, en el suelo!

Y tampoco logré hacerme entender. Mis ladridos, definitivamente, no explicaban nada, o ellos no me querían creer. Así que volví a gemir un poco más, de pura desesperación.

—No llores, Sirio. Toma una galleta —me dijo Fabián. Y esta vez sí que recibí la galleta prometida, a pesar de que la regañina se la llevó él esta vez.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no le des galletas a Sirio? Se pondrá malo, empezará a vomitar, y luego tendrás que ponerle la inyección tú mismo —dijo mi madre, nuestra madre.

Vi a Fabián arrugar la frente y apretar los labios. Esa idea no debió de gustarle mucho.

—Vale, no lo volveré a hacer —dijo, un tanto resignado.

Por un momento deseé que eso fuera una nueva mentira de Fabián, y que al día siguiente incumpliera la promesa. Pero solo por un momento. Debió de ser un momento de debilidad, o de hambre, porque en seguida recapacité: ¿Cómo que al día siguiente? ¿Acaso pensaba quedarme convertido en perro para siempre? ¿Había dejado de pertenecer al género humano definitivamente? ¿Iba a dejar que el otro Samuel, el impostor, me dejara sin cuerpo? De eso nada. Fuera como fuera, tenía que recuperar mi vida y mi aspecto humano. Yo no era un perro, nunca había sido un perro, y no quería seguir siéndolo.

Me fui gruñendo hacia mi caseta. Hacia la caseta de Sirio. Yo era Samuel, desde luego, pero al mismo tiempo descubrí que había adquirido algunas de las características de Sirio, porque no me costaba ningún trabajo ladrar, ni saltar los escalones de tres en tres con una precisión asombrosa, ni extrañaba los olores de mi caseta de perro, que la verdad es que no olía tan mal. Olía a perro, como yo.

Me tumbé junto a la entrada y cerré los ojos. ¿Qué me estaba pasando? Yo no era Sirio, porque Sirio no sabía lo que yo sabía, ni podía razonar como yo razonaba. Sirio no podía acordarse de que en el último control de Química mi amigo Linux, que estaba sentado justo en el pupitre delante de mí, me había pasado la respuesta de los hidrocarburos derivados del benceno; ni que en el de Lengua confundí a Muñoz Molina con Muñoz Seca. El Bocas, nuestro profe, no quiso contarme medio punto, a pesar de que había acertado la mitad del apellido. Muñoz Seca y Muñoz Molina eran de dos madres distintas, pero con el mismo padre. Seguro que eran hermanastros, y eso cuenta, ¿no? Pues no hubo manera. Hasta se puso hecho una fiera. Es un amargado, lo dicen todos. Ojalá se atragante un día con un diccionario. Pero con uno gordo, de dos tomos, y mejor si es de latín, o de alemán, y que las tapas se le atasquen en la garganta, por cansino.

Pero dejando de lado al cretino de Lengua, ¿cómo había llegado yo hasta aquí? ¿Cómo me había convertido en perro? Eso sí que era un misterio. Y lo malo era que para regresar a mi estado anterior, a Samuel Briones García, tendría que solucionar ese misterio. Las cosas, de momento, no parecía que fueran a resolverse solas. Tendría que hacer algo. Ladré otra vez, pero eso no servía.

Era muy probable que el intruso que habitaba el cuerpo de Samuel tuviera algo que ver. Él era el que había salido más beneficiado, porque se había quedado con mi cuerpo; y yo el más perjudicado, porque me había quedado con el de Sirio. Dónde estaba el verdadero Sirio era otro enigma, y contra lo que pudiera parecer, no creía que estuviera dentro de mi cuerpo, dentro del cuerpo de Samuel, porque la bromita que me había gastado esa mañana no era propia de Sirio. Era una broma mía, de Samuel, del auténtico Samuel Briones, el que al mismo tiempo estaba desterrado en el cuerpo de Sirio. Así que esto no era un intercambio. ¿Me habría duplicado sin darme cuenta? Qué extraño. No creo. La clave estaba en otro sitio. Pero ¿dónde?

Sin darme cuenta me había ido acercando al cubo de comida de Sirio, y llevaba ya un buen rato masticando los *Friskies* cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo. Qué asco. ¿Cómo podía zamparme esa basura? De solo pensarlo casi me da una arcada y vomito. Aunque al mismo tiempo la parte de perro que también había en mí me decía que eso estaba rico, y que continuara comiendo. Tenía hambre, así que cerré los ojos y acerqué el hocico al cubo. Tenía un olor exquisito. Qué le vamos a hacer, me pasé la lengua por el morro y me terminé el cuenco de friskis.

A media mañana mi madre abrió la puerta de entrada, y yo me colé dentro de casa. Quería ir a mi cuarto a ver si encontraba allí alguna pista que me ayudara a entender el misterio de mi transformación. Pero no pude. Apenas había dado dos pasos dentro de la casa cuando mi madre se revolvió contra mí con un grito histérico:

—¡Qué haces dentro de casa! ¡Afuera! —gritó en tono furioso y amenazándome con un paraguas.

Escondí la cola entre las piernas para no cagarme de miedo y salí disparado por la misma puerta por la que había entrado, perseguido de cerca por los paraguazos de mi propia madre. ¡Qué humillación!

Así que decidí escaparme de allí, buscar al impostor, y recuperar mi vida. En ese orden. ¿Cómo hacerlo? Eso ya se vería. De momento, mi primer objetivo era escapar.

Pero una cosa es decirlo, y otra muy distinta hacerlo. En mi anterior cuerpo de Samuel yo no tenía más que acercar mi mano al pomo redondo de la puerta del jardín que daba a la calle, girarlo en sentido contrario a las agujas del reloj, tirar de él, abrir la puerta y salir a la calle. Algo muy simple que llevaba haciendo desde hacía once años, porque hasta los cuatro no pude alcanzar el pomo de la puerta. Ahora, sin embargo, en el cuerpo de Sirio, no disponía de manos y dedos para girar pomos. Solo poseía unas patazas peludas que no me servían más que para trotar, rascar y poco más. A pesar de ello lo intenté. Traté de tirar la puerta abajo lanzando todo mi cuerpo contra ella, mordí el pomo, arañé la superficie y probé a meter un diente por la rendija, aunque solo conseguí agotarme en un esfuerzo inútil.

Me alejé de la puerta tan enfadado que mantuve la mandíbula apretada contra la lengua, y casi la perforo con uno de los colmillos delanteros. Pasé junto al tiesto de rosas blancas de mi madre, y de pura rabia levanté la pata derecha y le eché una meada de campeonato, para ver si se pudría de una vez. No calculé bien, y al bajar la pata arrastré una rama del rosal, y sus espinas me rasgaron toda la panza y la entrepierna. ¡Qué dolor! Pegué un fuerte tirón hacia delante, y noté cómo la piel de la barriga se me rajaba en tres arañazos largos y profundos. Entre gimoteos regresé a la esterilla de la entrada, me tumbé dolorido sobre ella y comencé a lamerme las heridas, que me escocían como nunca. Hay que ser imbécil, me dije.

Esperé hasta que el abuelo Alfredo saliera a dar su paseo. Ese sería el momento. Escuché con paciencia infinita el trajinar de mi madre por toda la casa, el torpe caminar de mi abuelo de su habitación a la cocina, los carraspeos de su garganta, el tintineo de la

cucharilla en la taza del café, las ocurrencias filosóficas de Belén Esteban en un programa de televisión, el arrastrar de la silla antes de levantarse. Cada vez me estaba poniendo más nervioso, y el tiempo parecía que no avanzaba en aquella mañana interminable. Mi madre y el abuelo eran los dos únicos que quedaban dentro de casa, porque mi padre y mi hermana Silvia normalmente salían mucho antes, cuando yo todavía no me había levantado de la cama. Así que necesitaba que el abuelo Alfredo saliera de una vez por todas a la calle, a buscar su periódico, o un helado, o lo que le diera la gana, pero que me abriera la puerta de una vez por todas, que girara el maldito pomo y tirara de la puerta hacia adentro, dejándola abierta. Yo me ocuparía de darle esquinazo y salir por patas, nunca mejor dicho.

Todo tiene su tiempo, y el abuelo al fin salió de la casa empuñando su bastón de empuñadura plateada. Yo le estaba esperando junto al portón de entrada, y me incorporé cuando le vi acercarse. Cuando estaba a un metro de distancia bajé la cabeza y arqueé el lomo. Eso debió alertarlo, porque de pronto se volvió hacia mí y me dijo:

—¿Qué pasa, Sirio, que quieres salir a la calle? Pues vas listo —y me miró fijamente a los ojos.

Retrocedí dos pasos, tratando de disimular, pero él seguía sospechando de mis intenciones, porque le vi levantar el bastón antes de decir en voz casi inaudible:

—O te separas de la puerta o te arreo un bastonazo.

Fue el tono el que me convenció de que el abuelo Alfredo iba en serio. Vaya mala leche que gastaba ese día todo el mundo. Estaba claro que ser perro no era ningún chollo. Me di la vuelta como el que no quiere la cosa, me alejé otros dos pasos y me quedé mirando hacia la casa, pero con las orejas y la nariz atentas a sus movimientos. Tensé todos los músculos, y en cuanto noté que el pomo había girado y que la puerta se entreabría, di un salto por sorpresa hacia atrás, en dirección a la calle, y coloqué mi pata izquierda delantera ya dentro del pequeño espacio abierto hacia la libertad.

Nunca imaginé que mi abuelo tuviera aún tanta fuerza ni tantos reflejos, porque lanzó la puerta hacia delante para cerrarla, y reforzó el movimiento con una patada a la puerta con su pierna derecha. No me dio tiempo a retirarme, y noté cómo en el extremo de mi pata izquierda el metacarpo crujía y se quebraba al quedar encajado entre la puerta metálica y el cerco de la entrada. Casi me desmayo del dolor. La puerta quedó cerrada, mi pata delantera izquierda encajada en ella, y un dolor insoportable me recorrió la columna desde el rabo hasta el hocico. Eché mi cuerpo hacia atrás y tiré de la pata con todas mis fuerzas, pero no pude sacarla de allí. Solo conseguí desgarrarme la carne, y que un chorro de sangre saliera como una fuente a través de mi pezuña. No sé si ladré, lloré, gemí, o me quedé mudo, pero me desplomé allí mismo, frente a esa puerta que cerraba mi camino hacia la libertad.

El abuelo Alfredo se asustó, y volvió a abrir la puerta para liberar mi pata del cepo improvisado. En ese momento, a pesar de que el dolor me había dejado casi ciego y paralizado, brinqué desde mis patas traseras, empujé al abuelo y alcancé la calle. Fue un salto limpio, que solo quedó interrumpido al caer a la acera sobre mis patas delanteras, y descubrir que el dedo roto no me iba a facilitar la huida. La pata izquierda se me dobló, caí de morros contra el suelo, y esta vez sí que me perforé la lengua con un colmillo. Por el rabillo del ojo vi que el abuelo también se había caído al suelo, debido a mi empujón, y que desde el suelo gritaba y pedía ayuda, porque no podía levantarse. Es posible que el golpe le hubiese roto al él también alguno de sus huesos frágiles, pero yo no podía quedarme para comprobarlo ni para ayudarle.

Volví a levantarme y eché a correr calle abajo, hacia el río, cojeando y sangrando, pero libre al fin de la prisión de la casa y el jardín. Aún no sabía bien lo que tenía que

hacer allá afuera, ni lo que me esperaba durante las siguientes horas. Si lo hubiese sabido de antemano, me habría quedado dentro del jardín, en la caseta de Sirio, hasta que se resolviera todo de algún modo misterioso; del mismo modo que había comenzado. No es que la lógica fuera mi fuerte, pero si me hubieran preguntado habría dicho que, del mismo modo que la piedra regresa al suelo si la lanzas al aire, todos los que se convierten en perro, después de un corto tiempo vuelven a ser los que eran antes. No tenía mucha experiencia en ello, nada en absoluto, pero ganas de creérmelo no me faltaban.

Al llegar al primer cruce giré a la derecha, alejándome de la casa, bajé hasta el puente, crucé el río, y seguí serpenteando sin rumbo fijo, a punto de ser atropellado por varios coches. La cojera y el dolor del metacarpo roto no me impedían correr. Solo quería alejarme de allí, apartarme de todo, salir de esa pesadilla; pero por más que corría y me alejaba, no conseguí separarme de mí mismo, ni del perro que me habitaba.

Caminar, cojear, correr, huir, no dejar que me cacen hasta lograr mi objetivo: volver a ser Samuel. Pero, ¿cómo? Aún no lo sabía. Tenía que encontrar a Samuel, y cambiarme por él. O encontrar a Sirio. Pero si yo era Sirio, ¿dónde iba a encontrarlo, sino dentro de mí, o en un espejo? Estaba desesperado, desconcertado, confundido, emperrado. Ja. De pronto un olor dulzón, muy suave al principio, pero perfectamente identificable, un olor embriagante y maravilloso me llenó las fosas nasales.

Mmmm. Qué rico.

No lo pude resistir. Lo seguí. Me dejé llevar por el instinto más primitivo de todos: el olor de la pasión, del amor, del sexo. Dakota, la perrita Border Collie de la gasolinera estaba en celo. Ni todo el gasoil, petróleo, gasolina y aceite del mundo podrían disfrazar el suave olor de las feromonas de Dakota. Supe en ese instante que mi corazón, y todo mi ser, le pertenecían por completo. La tarea fundamental de volver a ser Samuel tendría que esperar un poco, solo un poco, porque mi encuentro con Dakota era mucho más urgente que cualquier otra cosa que pudiera suceder en el mundo.

Según me acercaba a la gasolinera, el perfume de Dakota aumentaba y empezaba a volverme loco. La pata izquierda dejó de dolerme. Me olvidé de ella. De camino, a la carrera, me crucé con mi amigo Linux, que iba tan despistado como siempre, pero que aún así me reconoció al instante. Bueno, reconoció a Sirio, quiero decir.

—Eh, Sirio, ¿dónde vas? ¿Te has perdido? ¿Te has escapado? ¿Por qué vas cojeando?

Yo no tenía tiempo de hablar con él. Además, no me hubiera entendido ni una palabra, porque de mi garganta solo salían ladridos y gemidos. Y Dakota me estaba esperando. Incluso ya podía oír sus ladridos que venían de la parte de atrás de la gasolinera, justo a la vuelta de la esquina. Así que no me paré. Di un salto para esquivar a Linux y seguí corriendo sin mirar atrás. Oí cómo Linux echaba a correr detrás de mí, pero jamás podría alcanzarme. Con suerte ni siquiera se enteraría de cuál era el destino final de mi carrera.

Cuando llegué al almacén de la parte trasera de la gasolinera de Sebastián, junto al río, vi que no era yo el único que había respondido al olor de las feromonas de Dakota. Allí estaban también Malaspulgas, Pancho y Malher, tratando de abrir a empujones y dentelladas la puerta del almacén donde tenían encerrada a Dakota. El pobre Malher, un labrador color azafrán, llevaba todavía metro y medio de correa colgando que se le iba enganchando por todas partes, y además tenía sangre goteando de la oreja izquierda. Seguro que era por los mordiscos de Malaspulgas, que no tenía intenciones de compartir con nadie los amores de Dakota. Malher se iba a llevar una buena regañina por parte de Esther y Matías, sus dueños, porque estaba claro que se había escapado de un tirón,

dejando a Esther desconcertada y sin saber cómo reaccionar. Como si los viera. “Pero Malher, qué haces, me has hecho daño, ¿dónde vas? Malher, vuelve, Malher, por favor, párate ahora mismo. Sit, Malher. Maaaalheeer, te vas a enterar cuando te coja, esta me la vas a pagar, idiota, Maaaalheeeer…”

El olor de Dakota era embriagador. Su voz, sus ladridos, parecían más dulces que nunca. ¿Cómo era posible que me gustara Dakota, si nunca me había llevado bien con ella? Bueno, tengo que reconocer que mis intenciones en ese momento no eran exactamente las de hacerme amigo de ella, ni la de compartir cuencos de agua, huesos, friskies y caseta donde dormir, sino la de la montarme encima de ella y… Bueno, lo demás ya se sabe, tampoco hace falta tener mucha imaginación ni saber resolver ecuaciones de segundo grado para descubrir qué es lo que yo quería hacer con ella. Lo mismo, punto por punto, que pretendían Malaspulgas y Pancho. Y ahora habría que sumar a Trasto, al que vi llegar a la carrera.

Pensé que ya estábamos todos, los suficientes para montar una fiesta de perros en celo, hasta que de la puerta de atrás de la gasolinera, la que daba al patio donde estábamos todos montando alboroto, salió Sebastián, el dueño, con un palo de metal agarrado con las dos manos, como si fuera un bate de béisbol. Lo que pasó a continuación era más que evidente, por más que Malaspulgas quisiera evitarlo, mostrándole los dientes al bestia de Sebastián. Grave error. Yo conocía muy bien a Sebastián, o mejor dicho Samuel conocía a Sebastián, así que me separé del grupo a toda velocidad y me escondí en la esquina donde guardaban los cubos de basura, a la espera de ver cómo se resolvía la tanda de palos que estaba a punto de comenzar.

Tal y como yo imaginaba, los primeros tres garrotazos se los llevaron los tres tontos de Malaspulgas, Malher y Pancho, en ese orden. El siguiente palo se lo llevó Trasto, que acababa de llegar al trote pensando que allí había una fiesta. Malher se retiró a toda prisa, gimiendo y cojeando, en busca de Esther y Matías, para que le curaran las heridas de guerra. Pobre Malher. Casi seguro que le curarían las heridas en el veterinario, y por supuesto a continuación lo esterilizarían, para que no volviera a tener ganas de juerga. Se acabó la fiesta. Nunca más saldría corriendo en busca de Dakota, ni de Pinky, ni Bimba, ni Kira, ni Wendy. Malher se iba a convertir en el eunuco Malher, un perro pachón, castrado, gordinflón y mimado. Yo no deseaba su futuro. Ni loco. Antes prefería ser un perro callejero, libre y muerto de hambre, que un castrado atontado y consentido.

Pero ¿qué estaba diciendo?, ¿Me había vuelto loco? Yo lo que quería era volver a ser Samuel, Samuel Briones, no un piojoso perro callejero. Vaya idiotez.

Pancho y Trasto fueron los siguientes en salir corriendo, entre lamentos de dolor. A Malaspulgas le tocó la peor parte, pero después de siete bastonazos decidió que era mejor salir de allí, antes de perder la vida. El muy bobo todavía hizo un intento de regresar, y se llevó un último palo, terrorífico, en pleno hocico, que le hizo saltar por los aires dos o tres dientes. Qué carnicería. Agaché la cabeza, para esconderme, pero Sebastián me vio. Y me reconoció.

—Vaya, mira tú por donde también tenemos a Sirio por aquí —dijo soltando una carcajada—. Pues lo siento por ti, y por Samuel, porque hoy tengo ganas de reventarle el hocico a otro perro, y te ha tocado a ti, machote.

Y echó a correr hacia donde estaba escondido yo, entre dos grandes cubos de basura. No tenía escapatoria. Me había llegado la hora, y mi verdugo me esperaba a cinco pasos con el palo levantado como si fuera un hacha. Podía oler su adrenalina y su furia. A pesar del dolor en la pata delantera, salté, no sé cómo, tratando de esquivar el golpe que venía directo hacia mi cabeza. Un salto increíble, jamás había dado un salto

tan grande en toda mi vida. Mis patas traseras estaban sanas, en perfecto estado. Era cuestión de supervivencia. Y me libré a medias, solo a medias.

El golpe no me dio en la cabeza, menos mal, pero me alcanzó en la pata izquierda que llevaba medio colgando por la herida, a mitad del vuelo, en mitad del salto. Noté cómo el palo de hierro se hundía en mi carne, y me golpeaba con toda su furia. Qué dolor. Un dolor insoportable. Fue muy extraño, porque me pareció que todo sucedía a cámara lenta: yo estaba volando, casi volando, en un salto que casi no me podía creer, contento de escapar de la furia de Sebastián, pero al mismo tiempo sabiendo que la vara de hierro me iba a alcanzar, que me iba a golpear, que me iba a destrozar. Esperaba que el golpe no fuera demasiado doloroso. Pero lo fue. Vaya si lo fue.

A pesar de todo tuve suerte. Un golpe en la misma pata delantera, casi en el mismo sitio. Mala pata, pero buena suerte. En cualquier otro sitio me habría dejado inutilizado y Sebastián me habría molido a palos. Seguí corriendo, sin poder apoyar nunca esa pata en el suelo, con un dolor insoportable, inhumano, imposible de describir.

Vi a Linux que venía corriendo hacia mí, y cambié de dirección bruscamente, cruzando la calle sin mirar si venían o no venían coches. Y sí que venían, pero la suerte quiso que ninguno me atropellara. Oí frenazos, insultos, incluso algún pequeño arañazo entre dos coches, pero a mí no me rozó ninguno. No puedo decir con eso que fuera mi día de suerte, porque de haber muerto atropellado, reventado contra el asfalto, tampoco me hubiera importado.

Seguí corriendo, cojeando, llorando, esquivando a la gente y a los otros perros que me encontré por el camino. Crucé de nuevo el río por el puente viejo. Algunos niños me tiraron piedras, trataban de pararme, de atraparme. Parecía como si de golpe me hubieran salido enemigos salvajes por todas partes. Yo corría y corría, sin saber a dónde, sin saber por qué, para escapar de todos, para escapar de mí mismo, para escapar del dolor y del absurdo. ¿Qué me había pasado? ¿Por qué me había convertido en perro? ¿Cómo regresar a mi vida anterior, a mi cuerpo anterior, a Samuel, a mí mismo?

No sé cómo llegué allí, pero me quedé dormido entre la basura y los cascotes de una casa en ruinas. Supongo que fue por el cansancio, el hambre, las heridas y la tensión de ser un perro, sin motivo ni ganas de serlo. Por las pedradas y los golpes que había recibido a lo largo del día (un perro suelto, ¡a por él!), y la pérdida de la noción del tiempo y del lugar en el que me encontraba. No quiero ya ni acordarme. Para qué.

Así pues una casa abandonada, un edificio apenas habitado por ratas y otros bichos debió de parecerme el mejor lugar del mundo para dejar de trotar por las calles llenas de carniceros y salvajes. No digo que fueran crueles todos los días de su vida. No creo. Solo durante los momentos en que yo pasaba a su lado, cojeando y dejando una marca de sangre de mi pata izquierda en cada zancada. La boca me sabía a sangre. "¡A por él!", decían los salvajes. ¡La madre que os parió!

Me quedé dormido allí, aunque no lo recuerdo. Lo deduzco. Mi olfato me advirtió que aquella casa estaba abandonada, pero no deshabitada. Un trajín inagotable de ratas, palomas, ratones, gatos, cucarachas, culebras y yo qué sé cuántos animales más, grandes y pequeños, circulaban por allí. Un auténtico zoo, pero en tamaño reducido, salvaje, cruel y feo. En el piso de arriba supe que vivía un hombre, un vagabundo. El olor que despedía no podía ser de un guardia jurado, por muy guarro que fuera. Con tanto alcohol encima, más que dormido aquel hombre debía de estar casi inconsciente. Era imposible pasar por alto el olor del vino barato, de garrafón, del que mi madre no usa ni siquiera para cocer salchichas.

Me quedé dormido escuchando sus ronquidos alcohólicos, que me llegaban a través del hueco de la escalera de hormigón desnudo. Soñé que seguía corriendo por

calles llenas de zarzas y alambradas, y me desperté en mitad de la noche al escuchar un golpe seco seguido de un silencio absoluto. Los ronquidos del viejo habían cesado, por fortuna. Volví a dormirme sin buscar el origen de aquel ruido. Me daba igual. Yo solo quería descansar, dormir, volver a ser Samuel.

© Enrique Páez, 2022